

La Fedra de Miró

por DIEGO MIRAN

Un "croniqueur" de lenguaje imaginista, de humor y desenvoltura estilística de varia gama, puede emplear sus cualidades expresivas para narrar, de un modo diferente al usual, una historia en que la fantasía ha obrado con recuerdos y simpatías. Esto es lo que de muestra César Miró en la novela que Editorial Losada ("Fedra entre los Vascos", Buenos Aires, 1962) acaba de poner en circulación: la predilección por el viejo pueblo euskadi, entre cuyas gentes pueblerinas viviera el autor una temporada, se ha unido en las páginas del relato con memorias que no se quedan en la simple actualidad sino que se remontan a la leyenda y, más lejos aún, al mito griego. Pero este último es el pretexto: un gran pretexto, sin duda, porque la universalidad del conflicto entre Fedra, Teseo e Hipólito otorga a la tragedia una vigencia intemporal. El lugar y el tiempo de este brote de la situación han sido elegidos por el escritor en función de ese singular temple de fábula, de misterio dramático, que envuelve



César Miró

la vasconia, raíz de tanta americanidad también, y por ese aire de tormenta que arrasó la península ibérica en las vísperas de la caída monárquica.

La anécdota, al fin y al cabo, no interesa mayormente y, como es lógico tratándose de una recreación del mito, se adivina. Pero lo que el lector persigue por la narración es lo mismo que su autor: el retrato de un conglomerado humano que está solo y comunicado, que vive en su lar y también en todos los puntos a los que lo lanzó su diáspora marinera. Conglomerado excepcional por sus virtudes y muchas veces, inclusive, por los excesos de sus virtudes. Olavarría, el peruano que visita el país vasco para hurgar en su origen, no encuentra los papeles que

identifiquen al progenitor familiar, pero halla, en cambio, el magma humanísimo de los eúskaros, en cuyo trañín diario, patético, se sumerge como en el manantial primordial. Si hubiera que buscar una definición para esta novela —para este modo de novelar de César Miró— escogería los adjetivos "plástico", "pictórico", porque, al fin y al cabo, Fedra y su historia vasca aquí resultan puro paisaje, color, forma, luz, sombra y penumbra.

Tal vez si el pecado del escritor sea la continua referencia culta de su discurso: aquel cuadro, este pensamiento de mente famosa, ese otro dato histórico. Pero se trata de una crónica novelesca, tal vez si de una narración impresionista, en la que a propósito de cualquier ocurrencia salta la asociación con una semejante incidencia de distinta latitud o de diferente índole. Pero precisamente esas distracciones devuelven a la lectura con mayor curiosidad. Así el relato se entrelaza con apreciaciones múltiples que actúan como incentivos de la inflexión a los propios conocimientos. De ahí que, en resumen, el libro sea diálogo, y no siempre convergente.

La bibliografía peruana de Editorial Losada se enriquece con este libro de César Miró, a quien debemos otras obras del mismo espíritu escolástico, aunque en ninguna anterior a ésta haya llegado al dominio que muestra de su manera literaria. Libro que se lee de un solo tirón, "Fedra entre los vascos" es una fresca y gracil aventura por la infinitamente redidiva historia del amor que se disputan los de una misma sangre y que la muerte, a la postre, cobra en vidas, en heroísmo y en resignación a la voluntad apasionada de los jóvenes.

